

las vírgenes: y aun por la intercesion y por los méritos previstos de María, están en el cielo los patriarcas, los profetas, todos los justos del Antiguo Testamento y aun todos los ángeles: y á no dudarlo, esta es la idea de la Iglesia cuando proclama á María la Reina y Emperatriz de los cielos y de la tierra. A vista de esto, bien puede decir María: *Yo hago resplandecer en el cielo tantos luceros cuantos se encuentran en la patria celestial; porque todos se han salvado por mi proteccion y valimiento.*

¡Oh divina devocion la de María! Yo te apellido puerta del cielo, porque á tí te han sido entregadas las llaves del reino de los cielos: yo te llamo escala de la gloria, porque por tí bajó Jesucristo y subiremos nosotros para ser eternamente felices: yo te denomino el colmo de todas las gracias, porque tú eres el sendero de la gloria, el auxilio de una confesion, y la gracia de la perseverancia final. ¡Oh divina devocion la de María! tú eres una mística carroza que conduces á todos los escogidos al eterno reino de la gloria. ¡Ah lector carísimo! Y por qué, apesar de ser todo esto la devocion de María, y de ser mucho mas de lo que nos podemos imaginar, ¿por qué, digo, hay tanta maldad entre los hombres? ¿Oh María! ¿dónde está la inocencia de costumbres? ¿dónde la penitencia que acompañar debe á todo arrepentido? Sin embargo, ello es cierto que para ir al cielo no hay otro camino que el de la inocencia ó penitencia. Los inocentes ¿dónde están? ¿y dónde están los verdaderos penitentes? ¡Ah! solo el devoto de María será este afortunado: él solo el que podrá conservar la inocencia bautismal, y él solo, supuesto que la perdiese, es el único que puede encontrarla por medio de una verdadera penitencia.

CAPITULO XIV.

¡OH CLEMENTE! ¡OH PIADOSA!

63. *Explicacion de la Salve.*—En este capítulo vamos á saludar á la Santísima Virgen como *Clemente y Piadosa*; y ojalá que supiésemos aprovechar como conviene, todas sus cualidades! Con qué afecto no debes presentarte á esta Soberana Señora! Qué amor tan santo no debes profesar á tan privilegiada criatura! Ella es la mas amada de Dios, como que es su verdadera Madre: ¿y podrás tú no amarla, ya que Ella es tambien la que mas te ama? ¿Podrás tú no colmarla de toda la gloria que te sea dable, siendo, como es, la que te ha dispensado las gracias? ¡Oh María Clementísima y Piadosísima: ¿quién hay que pueda no amarte? ¿quién será tan feliz que te ame con todo el corazon? ¿quién muriera de puro amor hácia tí? ¿quién muriera en defensa de tu virginidad y maternidad divina? ¿quién proclamara todas tus glorias como realmente son? Tú eres la Clementísima y la Piadosísima, y como tal, eres la mas santa y la escogida del Señor.

En efecto: te eligió el Padre Eterno, porque eres santa, y no porque tus riquezas fuesen superiores á las que poseen los mas ricos: te eligió el Hijo Divino, porque eres santa, y no porque tuvieses una nobleza que te distinguiera de los demas: te eligió el Espíritu Santo, porque eres santa, y no porque te caracterizase una hermosura de carne ó una ciencia de mundo: te escogió toda la Augusta Trinidad, porque eres la mas adornada en la virtud, la mas rica en tesoros de la gracia, la mas hermosa por los dones del Espíritu Santo; la nobilísima, porque sangre divina es la que corre por tus venas; la sapientísima, porque la

misma Sabiduría infinita quiso aprender en tu escuela; en suma, quiso elegir en tí á la criatura mas santa, porque tal es el resultado de la que siendo la clementísima, es al mismo tiempo la mas piadosa. ¡Oh María! ¡Oh esperanza mia! ¡Oh salud de cuantos os invocan! haced que os ame de continuo y con todo mi corazón, y en el tiempo y en la eternidad.

64. *María es Clementísima.*—Uno de los santos de la Iglesia, hablando de la *clemencia* de María hácia los miserables pecadores, asegura que ella es su tierra de promision, y que lo que era esta para los israelitas, esto es María para todos los cristianos; y así como aquella les manaba leche y miel, así esta es la leche por su bondad, es la miel por su misericordia; y lo es tanto, que la Iglesia la apellida la *Clementísima*. ¡Oh cuántos beneficios en un solo beneficio! Ejercita su clemencia en favor nuestro, y con solo este acto nos da la miel de su suavidad y la leche de su misericordia; y lo hace de modo que no solo podemos llamarla misericordiosa, sino tambien que toda es misericordia. Es tal su bondad, que toma por causa suya la causa de todos los miserables; con el afán mas solícito procura que no se pierda ni siquiera uno solo; su piedad es tan rica, que no desea mas que aliviarnos, y contemplando á Ella, la vemos toda misericordia, sin mezcla alguna de justicia.

¡Ah! cuántos castigos fulminados por la Justicia divina contra los pecadores han sido revocados por María! ¿A cuántos tibios no se han quitado los granos de gracia como lo merecian? ¿Cuántos santos no fueron abandonados despues que imprudentes se expusieron á perderse? El pecado no solo es el único mal verdadero, sino que es tambien la causa de todos los males: ¿pues cuáles deberían ser nuestras desgracias ya que tanta es la iniquidad? ¿Cuántos los estragos que debieran ocasionar la guerra, el hambre, los terremotos, la miseria y el desenfreno de todas las pasiones? ¿Y cuántas veces debiéramos haber sido

enteramente aniquilados? Mas ¿por qué no ha sido así? No hay otro por qué, que la clemencia de María, porque obrando conforme ella, ha hecho que dirigiera sus ruegos en favor nuestro.

Estamos en grandes trabajos: aficciones de alma y cuerpo nos rodean: la miseria y enfermedades nos circundan, ¿y apesar de todo esto, aun vivimos? Es la clemencia de María que fué para nosotros el refugio mas seguro. Pobres de nosotros si no tuviéramos una Madre tan solícita y elemente: porque al modo que donde no hay mujer, ordinariamente gime y padece el enfermo; así gemiriamos y padeceriamos eternamente, si nos faltasen las soberanas clemencias de nuestra Vírgen y Madre nuestra: y tanto mas cuanto que no hay gracia que reciban los mortales, que no haya pasado por el conducto de María.

A nadie pase por la cabeza el que María no sea la *Clementísima*, porque lo es de un modo el mas semejante á la divina *Clemencia*: por esto ve todas nuestras necesidades, y las ve mejor que nosotros: por esto siente todos nuestros males, y los siente aun mas que nosotros mismos: por esto no puede dejar de socorrernos con la mas entrañable piedad. Amemos á María, y amémosla como merece aquella purísima Criatura que la Iglesia apellida la *Clementísima*.

65. *Es Piadosísima.*—Permíteme, lector carísimo, que te exprese mi idea, á fin de que entreveas un poco hasta qué punto la Santísima Vírgen es la Piadosísima. ¿Qué hay en Ella que no respire piedad? Bien podriamos afirmar en cierto modo que es la *piedad misma*, que sus entrañas no dejan de producir ni siquiera por un momento, frutos de piedad, que de su corazón no puede manar otra cosa que una fuente piadosísima, y que sus ojos y sus oídos, sus piés y sus manos, no tienen otra ocupacion que el admirable ejercicio de la mas acendrada piedad.

Mira á la piadosísima María, y la verás como un hermoso

olivo plantado en medio de los campos: y así como del olivo no sale sino aceite, símbolo de la misericordia; así de las manos de María no puede brotar otra cosa que sus misteriosas piedades. ¡Ah! acudamos á María; pidámosle que ejerza en favor nuestro su poderosa piedad, ya que la Iglesia la saluda, diciendo *oh Piadosa!* ¡Qué hermoso es ver á María comparada á un hermoso olivo plantado en medio de los campos! ¡Ah! esto nos indica que Ella es toda para nosotros, que podemos acudir á Ella siempre y en toda ocasión: y al modo que el Olivo solo da el aceite, así el místico olivo de la Madre de Dios, solo puede darnos el aceite de su piedad.

La Iglesia no solo considera á la Santísima Virgen siendo la *Clemente* y la *Piadosa* en favor nuestro, sino que lo será toda nuestra vida; lo será de un modo especial á la hora de la muerte, y lo será por los siglos de los siglos. Y si se lee del emperador Tito que deseaba hacer tantos bienes que tenía por perdido aquel día que no había hecho algún bien especial, ¿qué diremos de nuestra queridísima Madre? ¿Cuáles serán sus deseos de dispensarnos sus piedades? Si aquel hacia esto movido de un motivo humano, ¿qué hará María estando motivada por la sobreabundantísima caridad de Jesús?

Concluyamos de todo lo dicho que la *clemencia* y *piedad* de *María* es la mas semejante á la piedad y clemencia de Jesús: y como este ha dado por nuestro rescate infinitamente mas de lo que era necesario, así María, obrando de un modo semejante, nos confiere casi infinito mas de lo que necesitamos.

Digámosle, pues, con entera confianza: *oh María, oh la Clemente, Piadosísima!* roga por mí, porque sé de cierto que me alcanzareis muchas mas gracias de las que yo puedo desear! *oh* qué grande es la clemencia de la Santísima Virgen! Ella puede decirnos: *Yo soy de un espíritu tan dulce, que he venido del cielo para salvar á los pecadores, aun á los mas mise-*

rables: por esto la Iglesia toda me apellida *oh Clemente! oh Piadosa!* Acudamos, pues, siempre, á esta Madre de piedad, y esperemos confiadamente salvarnos por su intercesion, ya que Ella es la salud y la vida, la esperanza y el consuelo, el refugio y el socorro, el trono de gracia y de misericordia, la *Clemente* y la *Piadosísima*, y es ademas la siempre Virgen María.

CAPITULO XV,

¡OH SIEMPRE VIRGEN MARÍA!

66. *Explicacion de la Salve.*—Con este capitulo, lector carísimo, vamos á concluir la Salve, y concluiremos con las palabras que dicen: *oh siempre Virgen María!* Divinas expresiones que son el mas bello compendio de cuanto te he dicho. *oh siempre Virgen María!* Como si dijera: esta Soberana Señora, no obstante que la hemos saludado Madre de Dios y Madre de los hombres, con todo, es Virgen, y lo es para siempre: y esta Virgen Madre es la que se llama María.

¡María! tal es el nombre que va á servirnos de un modo especial. ¡María! nombre excelso que recibió la divina Madre: nombre que no fué hallado en la tierra, sino que tiene su origen en el cielo: nombre que no fué inventado por el humano saber, sino que es efecto de una orden divina. ¡María! ¡oh qué nombre tan suave; nombre que salió del tesoro de la divinidad; nombre excelso y adorable que supera á todo otro nombre despues del de Jesús, y nombre enriquecido con tanta majestad y poder, que al proferirse lo adoran postrados los cielos, la tierra y los infiernos! Y no debe admirarte, porque es el nombre de aquella que dice: *Yo soy la que salí de la boca del Altísimo; yo la Primogénita creada antes que toda criatura: yo la que*

hice que en el cielo de la Iglesia brotara la luz indefectible, y yo la que cual misteriosa nube cubierto he y defendido á todo el universo mundo.

El nombre de aquella que habita en lo mas alto de los cielos, la que colocó su trono en su eminencia, la única que rodea y la sola que penetra la profundidad de los abismos, la que anda en las olas de los mares como en plana superficie, la que tiene el dominio sobre toda nacion y ejerce la primacia en todos los pueblos, y la que habiendo sido la habitacion del Señor, ha colocado su morada en el corazon de los cristianos: *¡tal es María, la siempre Virgen María!* Pero prescindiendo yo de las mil y mil prerogativas que caracterizan tan santo nombre, me fijaré en su dulzura, para que gozándola tú corporal ó espiritualmente, reces con mucha frecuencia la Salve.

67. *Dulzura del nombre de María.*—Voy á comenzar este número, asegurándote, lector carísimo, que el nombre de María está henchido de la dulzura mas inexplicable. Y no puede ser de otro modo: porque, ¿qué hay en el cielo que no sea mas dulce que el mas rico panal de miel y que el mas delicado almíbar? Ahora bien: ¿qué será la dulzura de lo del cielo? ¿Qué será la dulzura del nombre de María? ¿Qué será siendo la palabra escogida para apellidar á su Reina? Solo os diré que al pronunciarse se puede gustar una dulzura tan extraordinaria, que supere en gran manera á las dulzuras conocidas: solo diré que al decir María puede uno sentir y gustar un sabor dulcísimo; y aun os diré que en la Asuncion de María á los cielos por esto preguntaron los ángeles tantas veces por tan dulcísimo nombre, y que por la suavidad que experimentaban al decir María, por esto multiplicaban sus preguntas. ¡Ah! séame permitido aplicar al nombre de nuestra Reina lo que se dice del nombre de Jesus, y que afirme, por tanto, que el nombre de María es para sus devotos júbilo para el corazon, melodía para

el oido y miel dulcísima para el gusto. ¡Oh si una y mil veces repitiéramos sin cesar *María, María, María!!!*

Aunque algunos santos han experimentado sensiblemente alguna de las cien y cien dulzuras de tan divino nombre; pero la comun á todos es una dulzura saludable de consuelo y de amor, de alegría y de fortaleza, y de una paz sobrabundatísima que supera á todo sentido.

Otro efecto de esta espiritual dulzura es ser rico en bienes espirituales que se nos comunican á medida que lo pronunciamos, y desprende ademas un conjunto de tanta gracia y esperanza, y tan admirable y divino, que infunde en sus devotos un gozo completo de verdadera suavidad; y al mismo tiempo es tan maravilloso, que si sus amantes lo oyen mil veces, otras tantas lo escuchan con nuevo deleite. ¡Oh qué nombre tan admirable el de María! Eres sobre todo otro nombre despues del de Jesus: el que te nombra debidamente, se reanima en la fe, esperanza y caridad; arde especialmente en fervientes actos de amor, y el corazon mismo manifiesta con sus saltos toda la alegría de que goza. ¡Oh María! ¡Oh nombre suavísimo el de María! Si tu solo nombre es ya tan amable y tan dulce, ¿qué seréis Vos misma?

68. *Efectos del nombre de María.*—¡Oh Clemente! ¡Oh Piadosa! ¡Oh siempre Virgen María!—¿Quién habrá que pronunciando devotamente tu dulcísimo nombre no se sienta inclinado hácia tí? Decir María es inflamarse en el amor de tan Soberana Señora; y basta que él ocurra al pensamiento de sus devotos para que le hagan nuevos actos de amor. Se dice que las riquezas consuelan á los pobres; mas ¿qué consuelo experimentaremos nosotros al decir María, ya que cuando se dice convenientemente, pone en nuestras manos las riquezas de la eterna gloria?

¡Oh Madre de Dios! Yo adoro tu dulcísimo nombre; nombre

divino que está tan lleno de gracias y de bendiciones en favor de tus devotos, que es imposible que pronunciándolo devotamente deje de acarrearos algunas gracias. Yo te adoro, dulcísimo nombre, ya que eres como un bálsamo oloroso que exhala todos los perfumes del amor; que destilas en lo interior del espíritu consuelos celestiales; que haces á cuantos te pronuncian devotamente, que tengan en su corazón la divina gracia. Yo te adoro, nombre dulcísimo de María, ya que eres el consuelo de los afligidos, la salud de los enfermos, el fervor de los tibios, la fortaleza de los justos, y aun la creencia de los incrédulos: porque al modo que las llagas de Jesús serán siempre el puerto de salvación, así también lo será el nombre augusto de María. Puede afirmarse muy bien, que el poder de este nombre es tal, que no hay corazón tan duro que con solo pronunciarlo devotamente, no se ablande: tal es la virtud que comunica la Madre de Dios á su divino nombre.

Ea, pues, en todos los peligros de perder la gracia invoquemos á María, ya que tantos son los privilegios y caracteres de tan dulcísimo nombre. ¿Quieres ser casto? Dí María, y este nombre excelso te comunicará una gracia especial para que seas puro y casto, y saldrás tan ileso de toda tentación deshonestá, como los tres jóvenes de en medio de las llamas del horno de Babilonia. ¡María! nombre divino que nuestra dilectísima Madre nos presenta como el aceite y el bálsamo derramado; y así como el aceite balsámico sana á los enfermos, esparce el olor y alimenta la llama, así el nombre de María sana á los pecadores haciéndolos justos, recrea á lo admirable á los amantes de la castidad, é inflama á los santos en el divino amor. ¡Oh quién dijera siempre: *¡María, María, María!*

Para decirte de una vez todas las dulzuras de este divinísimo nombre, reflexiona que todas las gracias están poderosamente enlazadas con la última gracia, de modo que con ella todo sir-

ve, al paso que sin ella nada aprovecha, para que de todo lo dicho concluyas el valor que tendrá cuando la pronuncia el moribundo en su última hora.

No dudemos que en esta situación especial los demonios lo temen tanto, que solo al oírlo huyen de quien lo profiere, como de un fuego que los abrasa, y aun desprenden las garras del alma que ya tenían asida. ¡María! nombre poderoso que hace huir de quien lo profiere todos los ángeles malos, al paso que adquiere de los buenos una asistencia especial: nombre que cual fortísima torre, libra á los pecadores del castigo, y á los justos de asaltos insuperables: nombre entre los admirables el admirabilísimo, porque pronunciado con confianza y propósito de la enmienda, alcanza un perfecto dolor de los pecados, la satisfacción de todos ellos, la fortaleza para llegar á la perfección y lograr un día la recompensa eterna: nombre santísimo, porque nos facilita hacernos mas y mas santos; y principalmente nombre dulcísimo en la hora suprema, por la santa y dulcísima muerte que alcanza. Digamos, pues, una y mil veces *¡María! ¡María! ¡María!*

Dilo, lector carísimo; dilo siempre y con el mayor afecto, devoción y perseverancia; porque invocas á la Virgen Madre; al huerto cerrado, en el cual no entró la serpiente de la culpa; á la fuente sellada, que tiene para cuantos la invocan, un torrente de gracia divina, y á la misteriosa puerta que conduce á la patria celestial. ¡Oh quién dijera siempre *¡María! ¡María! ¡María!* Breve salutación, pero poderosa en bendiciones y fortísima para rechazar todos los ataques del enemigo. Ea, pues, si deseas encontrar en todo trabajo un verdadero consuelo, acude á María, invoca á María, obsequia á María, y á María encomiéndate, y con María exhales tu último suspiro. Porque esta María es la Reina y Emperatriz del cielo y tierra; es la Madre del Criador y de las criaturas; es la vida y la dulzura, es

nuestra esperanza por el tiempo y por la eternidad; es nuestra abogada ante Jesucristo, como este lo es con su Padre; es la que vuelve hácia nosotros esos sus ojos tan misericordiosos, y la que nos muestra á Jesus, fruto bendito de su vientre: es la Clemente, la Piadosa y la siempre Virgen María; es la que, en fin, como Madre de Dios, ruega por nosotros para que nos alcance las promesas de Jesucristo Señor nuestro, por los siglos de los siglos. Amen.

FIN DEL AVE MARIA Y LA SALVE.

PEQUEÑO

MES DE MAYO

TAN SENCILLO COMO DEVOTO.

AL LECTOR.

La buena acogida con que ha sido recibido el PEQUEÑO MES DE MARZO, por los suscritores al *Propagador de la Devoción al Señor San José*, nos ha movido á prestarles ahora igual servicio, ofreciéndoles un PEQUEÑO MES DE MAYO, que al paso que sea tan sencillo como devoto, les ofrezca los principales motivos para nutrir su devoción; así como doce muy sencillas novenas sobre las fiestas de nuestra Inmaculada Madre. Con lo dicho, queda notado que esta pequeña obrita, no solo servirá durante el mes de María, sino que tendrá igualmente un uso particular en todos los meses del año, como lo explicamos por medio de una nota en su lugar respectivo, principalmente para aquellos que tienen poco tiempo disponible para los actos de piedad.